



OPINION

715420

DOS ACTITUDES Y UNA SOLEDAD

por Roque Esteban Scarpa.
(Premio Nacional de Literatura)

El tiempo conduce en su transcurso la extrañeza y la aceptación, dos actitudes opuestas impensables para una mayoría conformista con lo que ya existe y que se les ha concedido como la forma perfecta de la normalidad. No imaginan que también esto fue extrañeza en otro momento. En la plástica, el impresionismo, el fauvismo, el expresionismo fueron distintos modos de ruptura, de agresión a lo convenido, a lo convencional. Cuando Picasso surge, quizá en nombre de esos movimientos pictóricos ya metidos en los ojos y a los que en alguna forma sucede, para la eterna mayoría, representa no sólo una extravagancia, sino el espíritu burlón, capaz de engañar hábilmente a los ávidos de novedad. Ese ojo que avanzaba desde el perfil oculto, esa doble nariz que simulaba necesitar más aire y que invitaba a Ionesco, irritaba a los más que se sentían demasiado mirados o asaz dolidos en su ignorancia. Pero el tiempo lima la extrañeza, hace entender el movimiento en el tiempo y en el espacio, sorprendidos por un mirar más rápido y sagaz que el amañado por el hábito.

Así parecen enseñárnoslo las exposiciones sucesivas de Picasso en Venecia y en Madrid en los últimos meses. El fenómeno es idéntico en la muestra al borde de las aguas y en las lentas tierras de la meseta de Castilla. Largas hileras hornigueras parecen no agotarse. El hombre reemplaza al hombre como si no se hubiera movido jamás. Y el hombre, así genérico, es el estudiante de barbas y la niña de jeans, el adolescente, la mujer de su casa y el varón de su oficina, todos pacientes e impacientes. Luego, dentro, se moverán en un flujo que pareciera estar sujeto a alguna luna disciplinada y que infunde seriedad y silencio. Los comentarios se hacen en voz baja, como en un templo, donde se contemplan sagrados misterios. Lo que disonó en su época, el ojo lo acepta, descubre quizá algún equivocado secreto, pero les solaza el que sean capaces de moverse en un mundo que les enriquece con lo inesperado, lo inaudito, con la magia del color que cohabita en



armonías que no existían. En ocasiones, en muchas, la marea se rompe, adquiere un ligero desorden, porque cuadros que no están quietos han atado a los ojos con un anillo invisible, los obligan a retornar junto con el cuerpo para decirles algo más o señalarles un mayor misterio.

Me he equivocado al escribir que los comentarios se hacen en voz baja como en un templo. Después del Palacio Grassi en Venecia, la Basílica de San Marcos me enseña que la multitud es devota en otra parte. Aquí se agita, esgrime cámaras fotográficas, llama a sus individualidades con agudas o densas voces en diferentes idiomas,

como si comenzara en el propio templo de Dios una permanente Babel. El lugar del mayor misterio se troca en una hospedería de una curiosidad turística sin espiritualidades. ¿Por qué se pregunta el agredido por la tormenta y el tormento de las voces no se puede encontrar allí el recogimiento, la seda del silencio, una soledad entre mil soledades para hablar con el que nos creará?

Una forma de soledad se encontró en lugar distinto y en un atardecer de Dubrovnik, en las costas dáltimas de Yugoslavia. La hora de visita catala por cerrarse. El edificio gris, custodiado por esculturas en un jardín que lo precedía, ya estaba despojado de toda presencia humana, salvo la de una rejera que nos pidió que encendiéramos y apagáramos las luces de los pisos altos, habitados por cuadros y una niebla de grises. Ni siquiera los cuadros podían mirarse entre ellos. Pero allí se cobijaba una colección importantísima del arte croata, digna de ser mirada con asombro. En el tercer piso, después del rito de resucitar y hacer soñar las salas, en una de ellas, desde un marco grande que no quiere robar significación al cuadro, nos saluda dramáticamente un rostro conocido. Desde el borde derecho del cuadro, emerge medio cuerpo, magro como de juventud, pero con rostro final enfermo, demacrado: es Pablo Neruda. Ese medio cuerpo, desnudo, tiene a la altura del corazón, desgarrado como por el impacto de una granada, una rosa carnal, sangrienta. El fondo blanco, el suelo verde, ocupan un tercio del cuadro, enmarcando a la media figura. En los dos tercios restantes, sobre un fondo café oscuro, pende una ampollita de luz oscura que ilumina dos animales en erizo feroz, con risa de hiena ambos, ambos con un rictus de gato alzado. El contraste impresionista que Milovan Stanic, imitando la letra del poeta, firme Pablo Neruda y ponga la fecha del año de la muerte y llame a su obra, "Homenaje".

¿Qué extraño encontrar en la soledad a tanta distancia de la tierra natal a un poeta, rescatarlo de esa absoluta ausencia en que lo tenía la tarde, y tenerle que dejar, de nuevo, con su desgarrado corazón, desnudo como niño recién nacido, para que lo invada la noche! Nosotros, coautores de la noche nueva, interruptores, no fuimos detenidos cuando nos llevamos dentro de los ojos la imagen del poeta. La bolsera nos despidió sonriendo.

Revista Chondensia, Vgo., Julio 1982 p. 4/m.

Dos actitudes y una soledad [artículo] Roque Esteban Scarpa.

Libros y documentos

AUTORÍA

Scarpa, Roque Esteban, 1914-1995

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dos actitudes y una soledad [artículo] Roque Esteban Scarpa. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile